Apuntes para la biografía del poeta Zorrilla

(CARTAS INÉDITAS)

En Vidiago, uno de los pueblos orientales más hermosos de Asturias, tiene su casa la bondadosa señora doña Aureliana Escandón de Villar, sobrina de un don Manuel Madrid, ya difunto, que había sido amigo predilecto del poeta Zorrilla, con el cual mantenía íntima correspondencia.

Toda esta correspondencia que, con singular aprecio, guarda la expresada señora, publícase hoy junto con algunas cartas, también inéditas, que el poeta escribiera desde Vidiago a sus amigos Puig, residentes en Santander y que me ha proporcionado mi amigo, el culto periodista don Ramón Noriega. También ve hoy la luz pública alguna correspondencia sostenida por el poeta, con el bondadoso caballero, vecino de Vidiago, don Francisco Bustamante de la Lama.

En líneas generales hanse anotado los rasgos más salientes de la vida del cantor de Granada; han recogido sus biógrafos todos los aplausos, todas las distinciones y agasajos con que ha sido premiada su labor; pero muchas de las amarguras de su corazón y de las penas de su alma permanecen ignoradas aún, ya que el poeta sólo en cartas confidenciales revelaba, de vez en cuando, las gotas de hiel que amargaban su vida.

Todas estas cartas que hoy se publican, están escritas por aquel tiempo en que el poeta, harto de gloria y escaso de fortuna, iniciaba su descenso hacia la miseria. Desengañado de las ruindades de la vida, aturdido de tantos aplausos, ofuscado con tantos oropeles y bambalinas, acordóse, al igual que el hijo pródigo, de un español, a quien años atrás conociera en Méjico y que a la sazón vivía en Vidiago retirado de sus negocios y disfrutando de sus rentas.

En los *Recuerdos del tiempo viejo*, el mismo Zorrilla nos hace la

descripción de este español y excelente amigo que siempre dispensó su protección al ya anciano poeta: «Desembarqué en Méjico en Enero de 1855... recién llegado fuéme presentado un español llamado Manuel Madrid, que es uno de los hombres que mejor idea me han hecho formar de la humanidad y a quien debo los mejores consejos y más valiosos servicios. Mis versos me han ganado muchos amigos pero con nadie tuve tan pronto intimidad como con Manuel Madrid; me acosté aquella noche convencido de que tenía en América un amigo verdadero y a las dos semanas nos tuteábamos.»

Más de veinte años habían transcurrido de esta primera entrevista, cuando un día se encontraron en Madrid el poeta y su Mecenas, y a partir de esta entrevista reanudaron entre ambos una amistad tan íntima y cordial, que sólo la muerte pudo romperla. La casa que en Vidiago poseía Manuel Madrid fué el solar paterno a donde acudió el poeta para curar sus penas y hallar calor y amparo en sus achaques y en su vejez. Bien a las claras lo dice en la siguiente carta:

«Sr. D. Manuel Madrid.—Madrid, Nobre. 1881.—... los negocios que me traen aquí no me van a dejar hasta el jueves ni una hora libre; y puede que a pesar de mis sesenta y cuatro años tenga que andar a tiros; porque aquí es todavía un revólver la mejor razón. Tu venganza no me aterra; yo he hablado de tí, porque no quiero morirme sin testificar públicamente mi gratitud a quien se ha portado siempre conmigo mejor que mi padre; y, si en tu venganza insistes, encabezo con tu nombre un artículo de «El Imparcial» y anuncio por carteles que hay en la villa del oso y del madroño un hombre tal como tú. Yo he obrado conforme con mi conciencia, como hombre agradecido, y, no me arrepiento, ni me retracto de lo escrito... Yo también me arrinconaría, si pudiera, porque a pesar de mi fama y del ruido que meto *velis nolis* por donde voy, la vida social tiene para mi pocos atractivos. Volví a mi cara patria el 66 con permiso y comisión secreta de Maximiliano y orden suya de arreglar aquí mis negocios y regularizar las deudas de mi padre y mías, para que él me las pagara con el precio de dos libros de memorias que debía yo escribir por él, y que debían de ser *pendant* de la memoria del Príncipe de Salm-Salm. España me recibió como si resucitara... Me fuí a una casucha que de mi madre

conservaba en Castilla, donde recibí carta de Maximiliano, diciéndome: «aguarda órdenes antes de volver, tal vez la abdicación se hará necesaria.» Esta carta era de Orizaba, con ella venía una letra de dos mil duros para esperar y esperé. Pero, por lo visto, entre tanto, engañaron al P. Fiseber, éste a Maximiliano, y éste a sí mismo y le hizo fusilar, y a mí con él. Exhibí los dos mil duros a cuenta de los once mil a que montaban mis deudas, y me quedé con nueve mil, que voy pagando...» «El 71 acudí al gobierno diciendo que habiendo alcanzado algunas obras mías más éxito del que, a mi juicio, merecen, pero que habiéndolas yo escrito antes de la promulgación de la ley de propiedad literaria, y no teniendo esto efecto retroactivo, ni acordando al ingenio la lesión enorme, en atención a los miles de duros que produce mi «Don Juan Tenorio», con el cual mantengo 15 días en noviembre a todos los cómicos y empresarios de España, y para llevar a cabo mi legendario Español pedía al Gobierno subvención, indemnización o algo que me permitiera escribir mi legendario, sin tenerlo que vender a los editores. Me dieron la gran Cruz de Carlos III...»

Lamentábase con razón el poeta en esta carta; era mísera y precaria su vida, en tanto que «mi sinvergüenza Don Juan», como él decía, daba montones de oro a los empresarios.

Para hacer frente a las necesidades de la vida, más de una vez se le había ocurrido colocarse a la puerta del Teatro del Príncipe, durante la representación de sus obras, implorando una limosna para el autor de «Don Juan Tenorio».

En estas condiciones, cercado por la necesidad y estrechado por toda suerte de obstáculos, Zorrilla evolucionó, depuso aquel gesto de salvaje independencia de que tanto había alardeado y quiso, ya tarde, rectificar la conducta de su vida, cerrando sus oídos al clamoreo popular que solo disgustos le proporcionaba, y poniéndose en contacto más por necesidad que por vanagloria, con la gente de arriba para conseguir un decoroso retiro en los días de su vejez. Entonces es cuando su amigo Manuel Madrid le invita a pasar una temporada en su casa de Vidiago, y le contesta el poeta con esta interesante carta:

«Madrid, 18 de Dbre.—... tu propuesta de ir a enclaustrarme podría muy bien suceder que fuera aceptada, y bajo ciertas condiciones que después te diré podría serme utilísima. Mal puedes haber visto nada en las sesiones de Cortes; el miércoles 16 Noviembre debía Martos haber ido con Baro al Ministerio, para que el jueves se pro-

pusiera en Consejo de ministros, pero enfermó *su señora* el martes y... Nos fuimos a Albareda, que me quiere bien, y el día antes de ir él al Consejo murió su padre y... Pero hay algo peor. Los muchachos y las sociedades obreras son míos y han tenido sin mi anuencia un *meting* en el cual han nombrado una comisión para recoger veinte mil firmas que poner en la representación a las cortes en mi favor, pero esto en vez de favorecerme me va a perjudicar, porque has de saber que la Academia Española me odia a muerte porque soy el primer exacadémico del mundo y el viento del palacio me es contrario porque no he querido nunca cantar las proezas de S. M. Por consiguiente perderemos la votación porque mis firmas *vendrán de abajo,* en vez de venir de arriba. Esto de los muchachos está apoyado por Velarde (que es el primer poeta que tenemos) por consiguiente envidiado y odiado de las eminencias, y por Fernández Flores, director de «El Liberal», a quien «El Imparcial» odia de muerte. «El Imparcial» no ha querido ni anunciar mis libros, ni la propaganda que en mi favor se levanta, porque la ha iniciado «El Liberal» y estoy a pique de perder el sueldo de «El Imparcial», pagando yo lo que no he pensado siquiera. Yo recibo del Gobierno, por los Lugares Píos de Roma, 24.000 reales anuales; Martos me señaló 60.000, pero me los han ido mermando; «El Imparcial» me da 1.300 y 6.000 la «Revista Hispano Americana»; junto, pues, 7.300 reales mensuales con los cuales viviría bien, si pudiera tener orden en mi casa. No perteneciendo ni habiendo pertenecido jamás a partido político alguno, ni a ninguna pandilla literaria, soy un hongo sin raíces, pero ni me he vendido nunca, ni he transigido jamás con los falsos ídolos, de modo que el pueblo es mío, yo soy el poeta popular, a despecho de todas las notabilidades, pero el pueblo no da nada. Tengo ahora la casa Menjibar que va a meter en prensa los «Recuerdos del tiempo Viejo,» que quiere mis obras completas por seis mil duros dados en dos años y un sueldo de 14.400 reales anuales por corrección de pruebas. Esta misma proposición me hacen los Montaner y Simón, de Barcelona. Hay además dos proposiciones sobre el poema de Granada por 8 ó 10.000 duros, pero necesito dos años de trabajo. Como ves no estoy falto de trabajo ni desahuciado de porvenir con 16 a 18.000 duros en perspectiva para 1892 a 93, pero no tengo tranquilidad en mi casa, ni mi mujer tiene administración...

En este caso tu proposición me viene de perillas, dado tu carácter

medio inglés, seco, liso, llano y formal. Yo estaba pensando en retirarme tres o cuatro meses, a concluir todas las cosas que tengo empezadas y volver al ateneo o a la prensa el año que viene con cuatro o cinco tomos nuevos, con los cuales obligar a las cortes a fijarme la pensión de por vida y meter en prensa las obras completas aceptando cualquiera de las proposiciones.

Dime, pues, francamente, como yo te lo pregunto, lo siguiente: Si yo me encierro en tu *chalet* ¿tendré cuatro meses de silencio y tranquilidad, sin visitas, ni compromisos de lecturas, presentaciones, etc., con diez horas de trabajo? Si yo me voy a tu casa sin una peseta... ¿te seré a cargo y te cansarás de tener en tu casa a un zoquete absorto en el trabajo...? ¿Tienes libros? ¿Tienes diccionarios? ¿Tienes una piel de oso con que abrigarme? En el caso de que no te sea de ninguna manera estorboso, y ya sabes como vivo yo, desde que vivimos en Tacubaya, dime como se va a tu ínsula barataria...»

Pocos meses después volvía a escribir al Sr. Madrid dándole cuenta de sus gestiones cerca de los políticos para conseguir la pensión y de las esperanzas que abrigaba de poder con su ingreso en la Academia ponerse más en contacto con «la gente de arriba» y hacer más fácil el logro de sus pretensiones.

En la misma carta contesta, como se verá, a la proposición que le hiciera D. Manuel Madrid, de aprovechar su estancia en Vidiago y en Asturias para escribir algo sobre Covadonga o Pelayo que fuese perdurable recuerdo de su estancia en estas tierras:

«Madrid-Agosto-11-82.—Sagasta me recibió muy bien, me invitó a comer; me dijo que le hablase claro, y como no tengo pelos en la lengua nada le quedó por saber. Me dijo que me aseguraba la pensión de 40.000 reales votada en Cortes para que ningún Gobierno me la pudiese quitar, en Octubre; y que entretanto pensaría en una comisión para el extranjero o en el país, para indemnizarme en estos meses de verano de los gastos de mi viaje y estancia en Madrid y del semestre de intereses de Julio, etc. Porque hablando claro, como él quería, partimos del principio de que nadie pelea jamás si tiene una deuda con intereses y no puede amortiguar el capital. Pero como la política de España es una perpetua pendencia de verduleras, ocupados en decirse desvergüenzas los unos a los otros, Sagasta se despidió con una carta muy atenta, pero no hizo nada y yo no hice más que perder dos meses. Moret y Prendergast, que es amigo mío (como

pueden serlo los políticos), me dijo que de todos modos él creía más pronto y más oportuno que el Senado, de los fondos de que dispone me señalase cuarenta o cincuenta mil reales so pretexto de encargarme un trabajo en los archivos de la ciudad donde yo residiere, ínterin se decide lo de las Cortes, aprovechando un momento en que cuente segura la mayoría de la votación. Entretanto me dió un artículo semanal en la «Hoja literaria del Norte», que es su periódico, pero él no ha pagado a los banqueros Mengibar los cinco mil y pico de duros que llevan gastados en el periódico, y convencidos éstos de que Moret no les indemnizará *presentándoles un negocito* con el Gobierno, el 1.º de éste enviaron (a paseo) la redacción y me pagaron solo a mí por una protección inconcebible de su roñonería, pero ya no escribo más porque van a vivir a salto de mata y Moret viaja por esos mundos de Dios como la tierra *por el piélago inmenso del vacío.* La Academia me envió echadizo un amigo, a quien saben que yo no rehuso nada, Tamayo; y dándome razón en lo pasado y arguyéndome con que resulta ignominioso que yo no sea académico, quedamos en que no sería ni discutido y que soy académico por segunda vez. No quiero que parezca calaverada de chico hecha por viejo y seré académico; volveré a entrar en el mundo y me volveré a poner en contacto con la gente de arriba; que nunca está de sobra el poder desde el foco de las reuniones semanales de la Academia poder disponer de una chispa que vaya adonde se necesita luz.»

Habla luego de que los de Valladolid, creyendo por los periódicos que estaba próximo a expirar o a pedir limosna, le volvieron a nombrar Cronista (ya lo era desde 1865) y el alcalde primero le preguntaba en carta confidencial si entraba en sus cálculos ir a morir donde había nacido y a qué sueldo aspiraba para morir allí tranquilo.

Que había contestado serle imposible vivir allí todo el año «por estar imprimiendo mis obras completas y la conclusión del poema de Granada, de cuyas obras se trataba en España y Francia para el próximo invierno.» En cuanto al sueldo, sólo lo aceptaría por los meses que en Valladolid pasare y en pro de la ciudad trabajare y que tocaba a ellos señalarlo. «Como ves, todo esto en tren de realizarse. Cánovas, Martos, Núñez de Arce y no sé quién más harán la propuesta de mi pensión a las Cortes y Castelar me la defenderá.

«El día de mi recepción en la Academia, creo que los estudiantes y los obreros, por más que yo lo impida, armarán un poco de escán-

dalo; pero así se vive en España; los ministros y los diputados y los Municipios lo harán todo como siempre; tarde y mal.»

«Pelayo está muy sobado (en poesía) y Espronceda empezó un poema con este asunto, pero un poema no lo lee nadie ni sirve para nada; yo soy un poeta legendario, y legendarios y no épicos son la historia y el carácter de nuestra Patria. Recordarás que en mi primera leyenda de los cantos del Trovador—«la princesa doña Luz»—queda pendiente la leyenda Pelayo, a quien su madre echó fiándoselo a las aguas del Tajo. Yo estoy tan convencido de que ese país es grandemente poético y legendario, que estuve en tratos con un Mendoza Cortina para ir a él y emplear unos dos mil duros de que podía disponer en un pedazo de tierra en qué hacer ahí algo, y en este sentido también acepté la hospitalidad que tú me ofrecías. Lo menos que naturalmente puedo hacer es escribir de tu pueblo y de tu provincia un recuerdo de mi estancia en ellos... me asustas con decirme que hablais de mí, y que me esperan y me hacen versos, yo entendía que iba a tu casa de abajo de incógnito, a trabajar el discurso de mi recepción en la Academia y demás pequeñeces con que vivo. Me das tranquilidad y un cirujano que me *descuerne* en un mes... y no tengo inconveniente en escribir un libro y en declararme cronista de Vidiago... Escribe y decide. Como *oficialmente* yo estoy en Roma pónme la carta en dos sobres, dentro el para mí y el exterior de esta manera: (dirigido al propietario del Hotel de Embajadores)».

Pocos días después vuelve Zorrilla a escribirle la siguiente carta:

«Madrid, jueves, 17 Agosto.—Recibo a las doce de hoy tu carta y enterado y conforme; pero como antes de recibir tu anterior tenía apalabrados pequeños trabajos que no puedo menos de hacer, voy a darme prisa, tanto más que con su precio cuento para pagar mis gastos de mes en el hotel y los del viaje.

Aceptado Pelayo, Covadonga o algo de eso, para dejar en ese país y entre su paisanaje *memoria amarga de mí,* como dice mi *sinvergüenza* Don Juan.

En cuanto a la operación de mi descuernamiento es lo más fácil del mundo, la puede hacer cualquier albeitar, o cualquier peluquero entrometido; se trata sólo de no meter el bisturí para no producir la erisipela en el cuero cabelludo. El asunto es ganar tiempo, no impedir el trabajo y evitarme enfermedad larga o mortal.

Me dices que dé mi nombre al coche de Horga. Yo no quiero

dar el quién vive, ni decir quién soy en la estación de Torrelavega. Lo que no quiero es bullir, ni sonar para evitar que los viajeros caigan en el *quid* de mi perilla y de mi nariz salomónica. Luego, cuando me convenga, diré dónde estoy en una correspondencia de «El Imparcial».

Y, al fin, el 27 de Septiembre de 1882—como el mismo Zorrilla dice en su prólogo del «Bufón de Vidiago» y «El Cantar del Romero» —«Harto de andar tras de mí no acordada y prometida pensión; harto de todo el gárrulo ruido de discursos... me salí de Madrid sin decir esta boca es mía y del tren de Santander descendí en Torrelavega, donde atrapé la vetusta diligencia de Santander a Oviedo, y en el pescante de tan desvencijado vehículo, dí conmigo en Vidiago, lugarejo que por mitad divide el camino real pocos kilómetros antes de cruzar a Llanes.»

Tres meses pasó el poeta en Vidiago a la vera de su amigo, admirando las bellezas de aquellos paisajes, estudiando las costumbres de aquellas gentes, entusiasmándose con el espectáculo, siempre imponente, del bufón, por él descrito, en una de sus obras, poco conocida por no haberse incluído en las obras completas y haberse agotado prontamente los ejemplares impresos. Dos hijos de Vidiago, residentes en Méjico (1), han tenido, recientemente, la feliz ocurrencia de hacer por su cuenta una tirada de mil ejemplares de «El Bufón de Vidiago y «Cantar del Romero» con el laudable propósito de destinar íntegro el producto de la venta a la ayuda de la construcción de unas escuelas públicas en aquel lugar.

De su estancia y modo de vivir en Vidiago, da cuenta el poeta en las siguientes cartas que desde este lugar escribía Zorrilla a su amigo Magín, residente en Santander; cartas inéditas que conserva en su poder distinguida señora, quien me las ha proporcionado por mediación de mi amigo D. Ramón Pérez Noriega. Cuatro días después de llegar a Vidiago, escribe a su amigo:

«Vidiago 30 Septiembre 1882.—Mi querido Magín: De lo de adelante no se lo que va a suceder; ya no puedo volverme atrás y tengo que dejarme nombrar académico de la Española. Voy a tener que pujar lo de la pensión, pero no espero me la den porque no me pienso rebajar a adular, ni a tener partido político; mi popularidad estriba en no haberme manchado en política y no quiero perder lo

(1) D. José Amor y D. Miguel Bustamante.

único que tengo. Aquí estoy en casa de un amigo, que es como mi hermano; estoy alojado, servido y considerado como tal, pero no he venido a más que a trabajar seis o diez horas en calma y nada más. A Santander es imposible que vaya de incógnito; ya en Torrelavega, me esperan para una lectura en casa del General y otros excesos, y como lo saben en Santander por los periódicos, no será más que un compromiso más.»

«Vidiago 25.—A Magín en Santander.—Me he metido en un trabajo, del cual tengo dos mil versos y me faltan ochocientos; no quiero salir de aquí sin concluir el trabajo porque me sirve para campaña y para lucro. Lo que hago aquí es muy raro y me sale muy a mi gusto; no te escribo a menudo porque no tengo tiempo: me levanto a las cinco, trabajo hasta las doce, como, paseo y sigo trabajando hasta que no puedo más. Hay que morir sobre el yunque, y aquí tengo paz, silencio, alojamiento de confort inglés y he aprovechado el tiempo para prepararme una presentación de año nuevo.»

(Sin fecha).—A Magín en Santander.—«Castelar me escribe desde S. Sebastián, que espere aquí a un ruso literato que debe venir a estarse veinticuatro horas conmigo, si estoy aquí el lunes 19. El ruso se llama Boris Tannenberg y estará el miércoles en Polanco, en casa de Pereda. A mí me interesa que el ruso hable conmigo, por algo que Castelar me indica que me conviene.»

«Vidiago, Noviembre 15-82.—Mi querido Magín: Yo saldré de aquí en cuanto termine mi trabajo, que se alarga más de lo que pensé, por el cuidado de no echarlo a perder, y esta noche pienso emprenderla con la conclusión. En fin, haré de todos modos por que nos veamos si me alcanza el dinero para ir hasta ahí, porque no me quedan más que veinticinco duros justos. Con lo de la Academia, el libro que he escrito y la publicación, mejoraré. Esperaba hacer en Asturias un negocio, pero la persona con quien pensaba hacerlo está en París y debía haber venido a Torrelavega; ya no viene porque tiene un hermano enfermo.»

Tenían los montañeses interés en aprovechar el paso de Zorrilla por Santander y ser obsequiados con una de sus lecturas; fué Magín el encargado de comunicar estos deseos al poeta y vió éste el cielo abierto, pues se le presentaba ocasión de hacerse con algunos dine-

ros para su regreso a Madrid y atender los primeros días de su estancia en la Corte. Y, para dejar a salvo su dignidad y no ofender la delicadeza de los montañeses, véase en estas cartas cómo se ingenia la necesidad que, como él dice, tiene cara de hereje.

«Vidiago 22 Noviembre 1882.—De lo que me dices que por ahí había curiosidad, y no creo pueda haber empeño en oirme, ni estoy ya para tales bromas, ni vengo preparado para eso; no tengo mucho que leer: lo que aquí he hecho es muy largo y sirve para sociedades literarias y no para teatro. Yo tengo mucho miedo como sabes, a estas cosas, y además que no me parece decoroso andar con papeles bajo el brazo, como cuando era muchacho. Yo no quisiera que los santanderinos lo tomasen a desaire, pero a lo que parece nadie quiere acordarse en España que nací el 21 de Febrero de 1817 y que voy a tener pronto 66 años. Yo haré lo que pueda si puedo ir a Santander, que sí que quisiera... De estas lecturas de los teatros saco yo siempre disgustos y ruido en la cabeza y poco dinero; porque los teatros tienen muchas gabelas y los empresarios, aunque quieran, no pueden hacer muchas generosidades. Luego, ahí no conozco a nadie, no estoy al corriente de las cosas de ahí y temo cometer sin querer alguna torpeza que pueda achacarse a orgullo o desdén. Te repito que haré lo que pueda y no permitas que los periódicos lo den por hecho, sino que *estando yo ahí no es dudoso se arregle algo y nada más*. Ya sabes que estoy muy viejo.»

«Vidiago-18-8, 2.—... De lo de las lecturas hay mil dificultades; tú que sabes el estado de mis *finances*, comprenderás lo bien que me vendría ganar ahí ciento o trescientos duros, para poder estar en Madrid mientras la legislatura... Una vez académico, y vuelto a la sociedad de los de arriba, es indecoroso, y este amigo de aquí y varios de los de allá opinan que no pise más un teatro, y tienen razón. Era necesario de todos modos que tú lo arreglaras de manera que ellos supieran la repugnancia que yo tengo a esas lecturas, que yo quiero pasar de incógnito por ahí por eso, y que era preciso que yo no supiera que tú andabas en eso, sino que era cosa de la Empresa, y *que sería una lástima que yo pasara por ahí y que no oyeran una cosa tan bonita, pero que es cosa de atraparme, porque si tú me lo previenes soy capaz de no ir a Santander*. Esta es la única forma que se puede dar al negocio. Así que si les sacas dos mil reales por lectura o cosa así, no habrá más remedio, porque la necesidad tiene cara de hereje.»

Vidiago 22-82.—Mi querido Magín, la adjunta es para que la enseñes al empresario o quien convenga... Mil reales no son nada y dos lecturas son mucho tiempo y trabajo, y tal vez no cuaje la segunda. Es necesario, *sin lo cual no,* que no gaste nada en el hotel los cuatro días que esté; porque dos mil reales se van en un decir Jesús; los del hotel que vean quién soy, me ponen diez duros diarios y el empresario puede hacer un ajuste decoroso y los del hotel, sabiendo que no pueden sacar más, se aguantarán. De otro modo llego a Madrid con seis reales. Mira si le sacas cien duros y todo pagado y del mal al menos. Ten cuenta con que de ahí es Menéndez Pelayo y es posible que todos sus amigos, que son muchos, no lo sean míos. Ahí hay un escritor que vale y es neo. Se llama Pereda y es autor de una novela preciosa que se titula «Don Gonzalo González de la Gonzalera», procúrame un ejemplar para hojearle al menos. Entérate ahí qué opinión hay de mí, y haz cuanto puedas por procurarme un literato o un periodista del país que me apunte las cosas de ahí. Si aquí hubiere hecho lo que deseaba no haría nada ahí... Si sacamos dos mil reales limpios puedo estar 15 días en Madrid, ir a Barcelona y empezar a pagar el 12 todo lo que me acosa... Si ahí tengo *positivamente* con qué hacer el viaje, rehuso todo lo que aquí me quieren dar por razones que te explicaré. Aquí he hecho un mal negocio: fortuna que no he gastado un real en dos meses y me he escrito cuatro mil versos, que siempre darán juego en Madrid.»

Vidiago, 25.—Magín, recibo la tuya y no tengo inconveniente en aceptar el día 2 y el martes 5; bien entendido que si me siento con fuerzas, porque estoy perdido de viejo; de todos modos haré una lectura y si, buenamente puedo, las dos... Tendré un especial interés en conocer al Sr. Pereda, cuyos escritos tengo en mucha estima por su originalidad; y sólo temo se lleven chasco los santanderinos creyendo soy aún lo que hace treinta años y que voy a hacer maravillas, así que no quisiera diérais mucho bombo a mi llegada y a mi trabajo: yo haré lo que pueda y nadie está obligado a más. Mi idea es salir de aquí el miércoles o mejor el jueves. El viernes estoy en Torrelavega, en donde tengo compromiso de asistir a una velada en casa de un amigo antiguo. Yo tengo mucho miedo a las lecturas ahí, porque no conozco a nadie y las hago sólo porque no quiero que nadie piense que me desdeño de hacerlas ahí, ni que parezca que de propósito no quiero llegar a Santander estando tan cerca. Sólo temo no contentarles y

solo siento no poder permanecer ahí más que cuatro o cinco días, porque ya sabes que las Cortes se abren el 4 y Sagasta me escribe que se hará lo posible por votarme la pensión y necesito estar allí.»

De lo bien que Santander recibió a Zorrilla, de lo mucho que le obsequió y de la íntima satisfacción del poeta, da idea la presente carta que desde esta ciudad escribe a su amigo D. Francisco Bustamante, de Vidiago:

«Santander 3 Dic.-82.—Mi querido Pancho: No he tenido tiempo de escribir a usted antes porque en Torrelavega estuve malo... ha sido preciso satisfacer la curiosidad de los santanderinos que me han alojado, obsequiado y aplaudido, como por apuesta. De lo sucedido da a usted idea ese recorte de «La Voz Montañesa», y parece que aquí está todo el mundo muy satisfecho de mí. Más vale así; yo me empeñé en quedar bien e hice cuanto pude.

Pero de Madrid y Barcelona me muelen a cartas y preguntas y si no fuese porque ya está vendido todo el teatro para el martes, hubiere renunciado a la segunda lectura. Me he detenido mucho más de lo que debía ahí, y me falta tiempo.

Estoy alojado en la fonda de la Viuda de Redón, pero si me tiene que escribir hágalo a casa de Puig hermanos.

El «Bufón» y «La Mariposa» gustaron enormemente.»

El recorte de «La Voz Montañesa» que incluía en la carta, decía así:

«*Notas teatrales.*—D. José Zorrilla.—Acabamos de salir del coliseo, con la agradable impresión que ha dejado en nuestro ánimo la audición de las encantadoras poesías del Sr. Zorrilla, leídas admirablemente por él ante una concurrencia muy numerosa.

El insigne autor de «Don Juan Tenorio», el sublime cantor de Granada, el inspirado poeta legendario se presentó anoche por primera vez al público santanderino, que le saludó con una salva de aplausos apenas apareció en la escena su venerable y simpática figura.

Recitó primeramente con admirable naturalidad unas preciosas quintillas que sirvieron de introducción a la lectura de algunas de sus más hermosas y brillantes composiciones.

Todo cuanto dijéramos del mérito literario de los versos leídos por el Sr. Zorrilla sería pálido, ante lo que merecen aquellas estrofas

en las que brilla la más alta inspiración poética, en medio de copiosos raudales de sentimiento y de lirismo.

¡Y cómo lee el Sr. Zorrilla sus armoniosos versos! ¡Qué inflexiones de voz! ¡Qué variedad de tono y de detalles! ¡Qué naturalidad y qué elegancia!

El público, cautivado primero por aquella bellísima introducción, arrebatado después por aquella exuberancia de hermosos pensamientos, encantadoras imágenes y brillantísimas estrofas, interrumpió la lectura varias veces con entusiastas aplausos y aclamaciones que se repitieron más frenéticamente al terminar cada audición, siendo llamado el Sr. Zorrilla infinidad de veces a la escena.

No tenemos tiempo ni espacio para dar más amplitud a esta nota, en la que dejamos únicamente consignada la impresión que nos produjo la solemnidad literaria de anoche.

Reciba el insigne poeta nuestra más entusiasta felicitación por su merecidísimo triunfo.»

Pocos días después, y ya desde Madrid, escribía al mismo señor y le decía:

«Madrid, 14 Diciembre, 82.—Ya habrá V. visto por los periódicos de Santander, que allí dejamos bien puesto el pabellón de Vidiago.

He perdido, es decir, he dejado toda mi correspondencia, libros que me han regalado en Santander y todos los papeles que hacen un enorme peso, en una caja que de allí me remite Puig, y allí están las señas del abanico. Como el cajón viene por pequeña velocidad, enviémelas V. a vuelta de correo, porque no pienso permanecer aquí más que hasta que me vea con Sagasta.

Me he comprometido a escribir en quince días la novela que ahí empecé, y no extrañe V. que no le escriba porque no me va a quedar tiempo ni para dormir.

Lo del bufón se imprimirá ya en mi casa en cuanto empiece la publicación de mis primeras entregas de las obras completas, así me lo previene mi cuñado.

Hoy cómo con los Guaqui, para darles el álbum.»

Sobre el mismo asunto, relacionados con su estancia en Santander, escribió a su amigo don Manuel Madrid, las siguientes cartas:

«Miércoles, 6. Santander.—Señor don Manuel Madrid.

Mi estancia aquí se prolonga hasta el domingo, por la velada que me da el Casino, y una invitación de Pereda que es una especie

de W. Scott montañés, cuya reputación es tenida en mucho en Madrid.

Parece que los montañeses no han hecho nunca con nadie lo que conmigo, y yo estoy obligado a hacer con ellos lo que con nadie.

Hoy voy a comer con Pereda, Adolfo de la Fuente, Amós Escalante y otros ingenios que son conocidos en España: mañana me dan una velada en el Casino: es decir, yo la doy, porque parece que yo he hecho maravillas anoche en el Teatro y ya nadie quiere leer conmigo.

La gloria es una gran pendejada: mejor estábamos en Vidiago, en la grata oscuridad, zampando salmón y yendo al bufón y oyendo misa con devoción y tuyo hasta el corazón y no da más de sí la constitución.»

(Sin fecha—desde Santander al marchar de Vidiago).

«Señor don Manuel Madrid.—Como ves, no nos va tan mal, pero me han molido a obsequios, visitas y torneos literarios...; la fiesta primera estuvo muy bien, cosa que no esperaba, y los santanderinos se asombraban de haber aplaudido tanto. Yo hice lo que no he hecho nunca, porque el Teatro es lo más feo, sordo y desagradecido del mundo; me dieron trescientos duros para indemnización de gastos del viaje.»

«Martes, 12, Madrid.—Señor don Manuel Madrid.—Gran nevada. 11.° bajo cero. Ya ves con qué auspicios entro en Madrid, del cual pienso largarme en cuanto vea a Sagasta, a quien voy a avisar mi llegada esta noche; ya dí a la Guaqui el álbum de la Infanta.

No tengo tiempo a más, porque tengo que avisar mi llegada a los de Santander y Torrelavega.

PEPE.

Hotel de Embajadores, Victoria, 5.»

* * *

Las siguientes cartas, escritas a partir de estas fechas, al señor Madrid, aportan muy interesantes datos relacionados con la recepción de Zorrilla en la Academia y su coronación en Granada. Creyendo puedan ser de alguna utilidad para completar la biografía del legendario poeta, las daremos a conocer.

«Valladolid, Mayo 23.—Señor don Manuel Madrid.—Los de la Academia me han ido enredando hasta el 24, pero ayer recibí aviso de que no pudiendo tener impresos los discursos del marqués de Valmar y míos para mañana, mi recepción se fijaba definitivamente para el 31 de este.

Ainde mais; que, a causa de los muchos pedidos de billetes para mi recepción, no sería en la Academia, sino en el Paraninfo de la Universidad, que es el peor sitio para hablar que hay en Madrid.

Pidal me escribe ayer diciéndome que, con fecha 18, me concedió 1.500 pesetas con pretexto de una comisión a Barcelona, para que no me cueste la impresión del discurso, ni el viaje; cuyas pesetas puedo cobrar en Madrid el día después de mi recepción. ¡Pero! tengo que pagar de ellas no sólo mi discurso, sino el de Valmar, con lo cual creo que aun quedaré debiendo dinero; para cuya protección no necesitaba tales alforjas. Pero los de Guaqui me tienen por carta comprometido a comer el lunes con ellos, después de la recepción y Pidal estará en la mesa. Guaqui me ayudará a hacerle alargar un poco más, aunque ahora al fin del año económico Fomento no tiene fondos.

Conque hasta el jueves, 28 noche, estaré aquí, con el expreso iré a Madrid acompañado por el Deán de esta Catedral, que es por el estilo de Bustos el de Oviedo; el domingo 31 la recepción, el lunes, cuatro mil visitas, cartas y tarjetas a Martos, Sagasta, Cánovas, Silvela, etc., para pujarlos a que voten la pensión, y, en la misma semana, a Barcelona para no perder tiempo y dinero en Madrid, que es el punto del globo que menos me gusta.»

«Valladolid, 25 Mayo.—Mi querido Manuel: Nada más accidentado, sorprendente y asendereado que mi recepción en la Academia. Primero me la fijaron para el 12 de Abril; después para el 24 del mismo; después para el 10 y 24 Mayo, y por fin para el 31.

Después de muchos respingos a mi discurso, por si era muy fuerte o muy crudo lo que en él digo, se determinó que no podía ser mi recepción en el salón de la Academia porque era pequeño; después

que debía ser en el Paraninfo de la Universidad, y al fin, *me dicen* que será en el salón del Conservatorio.

Ya había yo escrito al propietario del hotel a donde paro en Madrid, que me guardaran mi cuarto, cuando recibo ayer primero un telegrama y después una carta, como si dijéramos anzuelo y red, *con orden* de ir a hospedarme a casa de la condesa de Guaqui, cuyo padre, el duque de Villahermosa, sabes que es amigo y condiscípulo mío. No puedo esquivarme de aceptar tal aposentamiento, que me hace esclavo del frac y la corbata de cochero, del tronco húngaro y la librea regia y el ceremonial principesco que rige en aquel palacio y del cual, por su clase, no pueden prescindir nunca. ¡Cuánto mejor estaría yo ahí comiendo las primeras manzanas de tu parque, que haciéndome el *jaque* entre los inmortales!»

Con solemnidad inusitada fué recibido Zorrilla en la Real Academia el 31 de Mayo de 1855. Los Reyes e Infantes presidieron el acto y a él concurrió lo más selecto de la sociedad de entonces.

El poeta leyó su discurso en verso—no era esto cosa nueva, pues ya en el siglo XVIII hiciera lo mismo Fr. Juan de la Concepción—y púsole por lema «Humíllate y serás ensalzado».

En todo el discurso se revela el corazón atribulado del poeta, que canta sus penas, sus amarguras y sus desengaños; que se ríe de las humanas lisonjas y que convencido de su valer y de su popularidad en nada tiene el honor que se le confiere: por eso dice en su discurso:

Por poeta no más logré tal honra
. . . . . .
...por moda me aceptásteis
ayer y hoy por cortés benevolencia.

Relata luego la historia del poeta, que es su propia historia y la termina diciendo:

Tal es la historia del poeta, y como
tiene que ir en la del hombre envuelta
y la historia del hombre está en el libro
del alma... voy a abrirla y a leérosla.

Y concluye condensando toda su historia, su vida y su gloria en estas palabras:

Mi popularidad estriba en eso
en mi fría y salvaje independencia.»

Terminado aquel acto, desvanecida la fastuosidad y aparato de aquel día, vuelve Zorrilla a las estrecheces de su vida y pasados los días subsiguientes a la recepción, luego de cumplir con las exigencias protocolarias, retorna malhumorado y descontento a su casa de Valladolid y desde allí desahoga las penas de su corazón escribiendo a su amigo Manuel Madrid las siguientes cartas:

«Valladolid, Julio 9, 85.—El 30 del pasado, harto de la inútil grandeza en que me dejaste después de haber perdido un mes justo de trabajo y mi salvaje independencia de ser el único en España que no era nadie, sometiéndome a ser académico, me vine a mi casa a continuar mis trabajos para continuar viviendo, porque la recompensa nacional de mi pensión se quedó en dicho hasta hoy, a pesar de haber sido votada en el Congreso.

Saliónos una berruga en el Senado, en un señor Calderón y Herce que se empeñó en pedir informes a Estado, Gobernación y Fomento, y se opuso a mi pensión, porque a Cos Gayón (a lo que tengo entendido) le niegan otras dos pensiones que él pide para unas viudas. Por más que han hecho Martínez Campos, Sagasta, Barzanallana, Guaqui y muchos senadores, de que se me conceda la pensión compatible con todo cuanto pueda tener o dárseme, ha puesto tantas rémoras de tiempo, que el de la legislatura se acaba sin que puedan votarme la pensión.

Y esta es la popularidad y la gloria; la luz de una candileja que puede apagar cualquier tonto. Por eso sabes que la tengo yo tan en poco y me he vuelto a mi casa, volviendo las espaldas a la Corte.

El ministro Pidal me dió las mil pesetas, pero con la condición que de ellas pagara yo la impresión de mi discurso y del de Valmar; la Academia se lo hace pagar al *neófito cándido* que ambiciona tan fútil honor; pero ella lo manda imprimir al impresor más célebre que pone el precio del mercader que vende a tontos y a vanagloriosos; con lo cual la cuenta de mil quinientos ejemplares que yo hubiera impreso lo mismo por trescientas cincuenta pesetas, subió a mil y una; y como yo, en casa de Villahermosa puedo aceptar todo menos

dinero, tuve que vender a Fernando Fe un librejo en seiscientas pesetas dadas en dos plazos, para pagar a los criados, coches, etc.»

«Valladolid, Nobre-4-85.—Supones mal al suponer que el cólera me respeta. Yo lo pasé y se me han quedado desde entonces doloridos y acalambrados los dedos de las manos. No quise tomar láudano ni menta, ni nada de lo que partiendo del sistema de los microbios daban los sabios en este *tour* de la epidemia: con creta, bismuto y agua caliente con gotas de ácido clorhídrico escapé a los cuatro días... siento que me estoy aflojando por dentro y el día menos pensado me concluyo de destornillar. Sobre mi publicación no sé qué decirte. El cólera dispersó la sociedad editorial; el director gerente quitó su casa y se fué al campo. El tiene ya impresas hace año y pico del «Bufón de Vidiago y del «Cantar del Romero» las tres cuartas partes y aún no he podido ni publicarlo, ni obligarlo a que lo haga, por falta, según dice, de papel igual al empleado, que es de Alemania, y de una edición elzeviriana. De lo de mi pensión no te ocupes ya, aquí lo que no se hace de golpe, como puñalada de pícaro, se queda sin hacer como los barcos de nuestra marina. Me dices que yo que tengo alguna autoridad, etc. Aquí no hay nadie que tenga autoridad... todo lo que se diga es inútil.

No quedará por decirlo, ya viste que empecé a tomar esa embocadura en el discurso de la Academia: pero aunque me den la razón será como se les da a los borrachos. En cuanto a lo que me dices de las expansiones patrióticas por las Carolinas, lo mejor que puedes sacar como consecuencia práctica de todo ello, es el no dar un real para ninguna subscripción de buques, porque aunque se reunan cien mil millones de duros jamás habrá barcos que sirvan. Yo he visitado el arsenal del Ferrol, el de Cartagena, etc., y sé cómo se hacen y no te lo puedo explicar aquí por falta de tiempo. Bástete saber que con lo que hay tirado y arrimado a las paredes por deshecho inútil en el Ferrol, ofreció Antonio López (vulgo Marqués de Comillas) poner en el mar diez buques de guerra en diez años; pero a condición de que no asomase por el dique de la Campana las narices en los diez años ningún marino. ¡Qué escándalo! ¡Qué ignominia! ¡Un hombre civil meterse en el arsenal! Por poco no le come al ministro la oficialidad de marina. (Hace una detallada descripción del lamentable estado de nuestra marina, del mucho tiempo que se perdía en la construcción de un barco y los gastos subsiguientes)... «Y basta de esto, porque aquí

no hay regeneración posible para nosotros, porque no entendemos de nada práctico, aunque perdemos el tiempo en discutir sobre todo. Esta es una nación de Homeros y Demóstenes, en la cual somos todos genios y eminencias, excelencias y generales, todos galanes y primeras damas, pero no hay quien encienda las luces, ni menee los telones para dar principio a la representación, que se suspende por fin por falta de coros, de comparsas y partiquinos.»

En todas estas cartas va dejando el poeta, como se ve, pedazos de su corazón desengañado y cansado.

Y así, con esta misma aversión a la sociedad contemporánea, despreciando y renegando de la política de entonces, así vive Zorrilla hasta el momento de ser coronado en Granada como última apoteosis de su gloria.

¡Cuánto sufrió los meses que precedieron a su coronación! ¡Con cuánta habilidad por unos y caridad por otros se ocultaron las mil maquinaciones con el acto de la coronación fraguadas!

Algunas de ellas, si no todas, apúntalas él mismo en la siguiente carta:

«Valladolid, Abril 9-85 «Yo tengo todo el día la pluma en la mano *para comer* y el verdadero trabajo para mí es escribir la correspondencia. Tres meses hace que estoy metido en mi cuarto a diez y doce horas diarias con un *poema de la Alhambra,* que ha de hacer más útil para mí aquel país a pesar de sus terremotos, que la proyectada coronación; se trata de lo que hace treinta y ocho años se inició; que me regalen la Torre H. de la Alhambra, con sueldo para habitarla. Esto lo tratan ya formalmente los que querían gastar en mi coronación cincuenta mil duros; y yo les he hecho comprender que con cinco u ocho mil me dan casa y renta, y con la *coronación* una *asoleada* o una *pulmonía.* Y te explicaré esto a condición de que tú no se lo expliques a nadie.....

.....

..... España (es decir, los españoles) han adelantado más que ninguna otra nación moderna en el arte de darse bombo y poner el pie en el hombro de quien lo tiene firme para darse importancia a costa de quien modesta y verdadera la tiene. Yo detesto el bombo, el ruido y las ovaciones, porque nací para vivir en mi casa y Dios me castigó con la gloria; pero esta gloria que ya nadie puede quitarme me la envidian todos los tontos. ¿Qué iba a ser mi coronación en

Granada? Un acontecimiento, una exposición a la cual iban a venir representadas las Universidades de Alemania, las Academias de Francia, Italia, Bélgica, etc., los Ateneos de España, los Obispos de Andalucía y hasta tres poetas marroquíes y uno de Damasco en recuerdo de mi poesía Morisca. Todo esto iba a costar un dineral, y yo iba a ser ocho días el rey de Granada, el redivivo del rey Muley-Mujamad ... que todo esto y así nada menos se llamaba el infortunado Boadil que tuvo la desventura de caer en las redes de la diplomacia sin entrañas de Fernando V. Granada iba a pasar ocho días de fiesta, de baile y jolgorio en honor mío, y todos íbamos a quedar contentos y honrados con reconocer la gloria de un poeta, cuyo prestigio y popularidad consiste en no haber sido nada en su país en el cual todos podemos aspirar a serlo todo. Iba yo, en suma, a ser ocho días rey de Granada y por ende de España entera, lo cual no acomodaba a ninguna medianía. ¿Cómo se aguaba toda esta sincera ovación? Muy sencillamente. Se discurrió que iría a Granada a coronarme la Infanta Eulalia y todo cambiaba: mujer e infanta, ella pasaba la primera por todas las puertas; ella daba la hora y el santo y seña; yo haría el 2.°, 4.° ó 10.° papel, tras ella y su servidumbre y las efemérides no dirían «el día tantos, de tal año y tal mes, el pueblo granadino, en nombre de todo el español, coronó a su poeta», sino: «el día tantos una Borbón, etc., con la cual creería la posteridad que los Borbones me habían dado una protección, que no solo no han pensado en darme, sino a la cual se han opuesto. ¿Y qué jise yo? Corté por lo sano y dije: «no hay coronación aunque me lleven a Granada entre guardias civiles, yo soy el poeta popular y me corona el alcalde de Granada», y hasta hoy.

Se ha vuelto, pues, a lo primero; casa en el Palacio moro—y yo me he encerrado y he hecho el poema de la Alhambra, que ha salido fresco y valiente y verás el polvo que levanta.—Viene antes del poema mi entrada en la Academia a fines de Abril; yo soy académico desde el 58, no puedes decir que me apresuro a darme tono con mi título de académico. Mi discurso está en verso y en un tono mucho más alto y más claro que el de los versos de «La Ilustración». Ha habido toros y cañas para aceptármelo, pero yo he dicho: o así, o me quedo en mi casa.

Y se ha aceptado tal como yo lo he escrito que arranca chispas. Hoy debe de entrar en prensa y Pidal me compra 500 ejemplares

para indemnizarme de los gastos de viaje y estancia en Madrid durante mi recepción. Ya te dije que me obligaba a venir aquí el sueldo que me da el ayuntamiento por cronista» (337 pesetas y unas perras). Habla de la impresión de sus obras y dice «la leyenda de Vidiago debe ir la última del 1.er tomo como novedad... Ahora me interesa más la Academia que me vuelve a poner en mi lugar y al alcance de los amigos que tengo por arriba y cuyo favor necesito si tengo que andar en pleito con la Sociedad (la que le imprimía las obras) y mi abogado es Cristino Martos... En la correspondencia (mía) de hoy he recibido varias cartas en que me conjuran las cabezas calientes del periodismo a que les diga cuándo voy *para hacerme* lo que ellos llaman una ovación... que es de lo que yo huyo. Los Estudiantes de la Universidad de Madrid y los de Medicina, hace dos años que están intentando un disparate en mi favor, y ya los de esta universidad me llevaron en carretela abierta con hachones y músicas en una noche de Diciembre pasado, y no morimos de frío el Rector y yo porque Dios no lo quiso. No quiero de ningún modo que esto se repita, porque aunque está hecho de muy buena fe, tiene tanto de ridículo como de expuesto, porque mi apellido va tomando un carácter de grito de guerra, porque de ¡Viva Zorrilla! a ¡Viva Ruiz Zorrilla! ya ves lo poco que va. Todo el mundo sabe que Manuel R. Zorrilla y yo somos parientes y amigos; *et voila*. En política no se debe nunca dar un grito que no sea de triunfo; y yo no he necesitado para triunfar más que saber esperar. Hoy se efectuó una gran reacción en favor del viejo, que se ha encerrado en su pobreza, envolviéndose en su capa vieja con la dignidad que pudiera darle el manto de César, no necesito para nada de la política; tengo más fuerza de la que necesito y me la da mi propia resistencia; pero no tengo dinero nunca, el dinero y yo estamos siempre en abierta oposición.» «Me dices que te gustan las ideas de mis versos del Almanaque de «La Ilustración»; la actriz a quien van dirigidos es muy hermosa y es virtuosa; cosa más común de lo que el mundo cree y cosa dificilísima en nuestras actrices. Pero no pueden entenderse los tales versos porque el corrector de pruebas tuvo la vanidad de saber más ortografía que yo y *estropeó* la poesía. Una sola prueba, porque se me acaba el tiempo y el papel. Yo he disputado con Tamayo, Cañete y Aureliano Fernández Guerra, que son los que han determinado poner acento a la constitución y quitárselo a Angel, que la partícula adverbial *sinó* tiene

acento, sin el cual dice *sino,* fatalidad, y les prometí una estrofa con el sustantivo y la partícula adverbial imposible de leer para ellos, según su ortografía. Puesto que tienes el Almanaque, lee la penúltima estrofa y compara su incomprensible locución con la verdadera, que es esta:

Sí, sí; mas hoy el teatro
que como arte *no* es divino
sinó pagano, a tal sino
tiene a la actriz que arrojar, etc.

El de la imprenta se metió a discurrir, que el arte era siempre divino, quitó según la Academia el acento al *sinó* y averigüe San Bartolomé lo que dice la tal estrofa.»

Al fin, en Diciembre de 1886, y sólo a medias complacido, pudo escribir lo siguiente:

«Diciembre, 1886, Valladolid.—Sr. D. Manuel Madrid: «He cobrado odio invencible al tintero, al papel y a las plumas y a todo lo que se roza con las letras, de modo que no escribo ya ni versos ni prosa... Por fin, votó el Congreso mi pensión, pero como la comisión del Senado deslizó, a pesar de Sagasta y de Pepe Concha, la muletilla de según la ley vigente, resultó en vez de una decorosa recompensa nacional, una vulgar concesión de viudedad o jubilación con descuento, y con incompatibilidad con todo sueldo, pensión o comisión del gobierno y los municipios; de modo que suprimiendo los mil doscientos pesos que cobro de Roma y los setenta de aquí, quedo reducido a veintisiete mil reales, en vez de los cuarenta mil y pico que cobraba. Aún no he dado paso alguno para regularizar el cobro; pero Guaqui me invita a ir a aquel cuarto azul en que estuviste, del palacio de Villahermosa, para que el ministro de Hacienda me concluya de echar tapas y punteras. Esto es todo; pero yo me divierto poco en Madrid, en donde han dado en hacer una vida absurda... La Medinaceli es la única que tiene el buen sentido de recibir desde las diez, sin etiqueta y sin frac y corbata blanca, a sus amigos, y cada cual se va cuando le parece. Las sesiones de la Academia son tan soporíferas como si se tomase morfina al ocupar el sillón, y los teatros se han hecho plazas de toros... con lo chulo y lo flamenco; de modo que Madrid no me atrae.»

Como apéndice, y por si alguna importancia pudieran tener, terminamos con la publicación de estas postreras cartas:

«Barcelona, Enero 27-83.—Sr. D. Francisco Bustamante, en Vidiago. Estoy encargado de abrir la discusión en el Ateneo y tengo que escribir una quincena para hablar una hora.

Su Alteza me dió las gracias, como le dije a V.; porque conozco mi gente y yo envié el resto noramala y me vine a mis negocios.

La *mariposa* será el primer libro que en mi casa se imprimirá y en el Ateneo de aquí está ya apalabrada la lectura de el *bufón.*»

«Madrid, 1881. (A Magín, en París).—«Vamos a ver si me ayudas ahí. Los escondidos y la tapada completos, me son de la primera importancia; pero los *diez años* y los *diez millones* me servirían para «El Imparcial», con quien voy a tener que concluir. Así que cueste lo que cueste, no te vengas sin los escondidos y no se los fíes a nadie, pero si puedes hacerme copiar los diez años, será todavía más dinero en mano que todo.»

«Madrid, 1881. (A Magín en París... «los freres Garnier Libraires Editeurs, rue de Santo-Peres 6, me piden mis obras y el poema de Granada. Yo les he escrito ayer, pero tú no te des por enterado hasta que yo te escriba. Ve sin embargo a su casa a pedirles noticias de mis dos *escondidos* y *una tapada*... y no digas nada tú si nada te dicen ellos.»

«Valladolid 17 Julio—A Magín en Santander.—«Ya sabrás en qué paró tanto ruido y tanto discurso y tanto favor real; tuve tres reyes en mi recepción y sin pensión me tuve que volver aquí. En resumen, me prometieron una recompensa nacional y me dieron una bofetada monumental... ¡La maldita Academia! En cuanto entré en ella, todo se me volvió al revés; lo mejor que me puede suceder, es que me lleve el cólera a tiempo.»

«Barcelona (sin fecha.) A Magín. «Los de Burgos han acuñado una medalla para conmemorar mi prohijamiento de hijo adoptivo, y un creyente que se ha confesado en esta cuaresma, le ha entregado al Prior del Carmen cuarenta duros para mí; sin duda remordiéndole la conciencia de habérmelos estafado alguna vez. No creí que había en España gente capaz de arrepentirse de haberme robado a mí.»

«Valladolid 25 Abril.—A Magin en Santander. – «El 24 de Mayo es el día señalado para mi entrada en la Academia; de modo que el 22 tendré que irme a Madrid a sentar plaza de inmortal y de holgazán. De la pensión, como todo lo mío, ruido, bombo y no están seguros

Tormo, ni Valmar, ni Guaqui, ni Martos, ni ninguno de mis amigos, de poder reunir la mayoría de cien votos y pico que necesito para la votación y dar fuerza de ley a la concesión.»

«Barcelona 16 Febrero-84.—«Lo de la coronación se volvió agua de borrajas; por lo visto lo que se quería era también adular a la Infanta. Yo me cerré en que a mí me coronaba el Alcalde Constitucional o no había coronación—y no la hubo—pero yo moriré sin romper con mi conciencia.»

«Barcelona 6 Febrero-83.—«Como el cobro de las acciones se retrasa, yo me he resuelto a emprender la jira y sacar algo por esta parte, y he dicho a Pastor que comenzaremos por Bilbao del 15 al 20. Así que, adjunta es una para Pereda, en la cual le pido cartas de recomendación para sus amigos de allá, para no caer como un cómico o un clonw llevado y presentado por un empresario.»

«Barcelona, Enero 20.—«Queda, pues, aceptado (salvo que yo reviente antes) 1.000 reales en Valladolid por noche y en Bilbao, 800 en Pamplona, Logroño y Vitoria. En Palencia no quiero ni poner los pies. Allí fuí rico, allí tuve mi casa solar y no quiero volver a pasar ni veinticuatro horas en tal provincia. Tengo necesidad de volver a Santander y Torrelavega. Si en Santander conviene dar otra lectura, allí sí podré.»

«Barcelona, Diciembre 31.—«Me escribe Pastor proporcionándome una jira hasta Portugal; me ofrece treinta duros por cada lectura y no habla nada de pago de viajes. Yo no podré resistir cuarenta o cincuenta días de viaje y variar cinco o seis veces de clima. Habla tú con él; arregla esto, menos de sesenta duros por noche en Bilbao. Valladolid y teatros de esta categoría no se puede hacer trato, y viaje y hospedajes pagados.»

«Diciembre 22, Madrid.—Sr. D. Manuel Madrid. «El elemento joven se agita mucho en mí favor, pero el asunto no queremos se ponga a votación en las cortes, porque eso nos puede obligar a votación nominal. Se ha dispuesto de otro modo; pasará a una comisión especial, y el ministerio de Estado me conservará mis cien duros sobre los lugares píos de Roma y el de Fomento me señalará otros ciento sobre sus fondos.

Los banqueros de Menjibar que imprimen mis recuerdos del tiempo viejo (Tomo II) los meten en prensa mañana; a pesar de las fiestas piensan publicarlos en la próxima quincena de Enero.

No tengo tiempo para más, porque hoy a las seis ha de quedar en la imprenta de «El Imparcial» el artículo del lunes, cuyos quince duretes no quiero perder.»

«Madrid-Abril-22-82.—Volvieron a abrirse las cortes, y debí yo volver a mi pretensión; pero insurreccionáronse los catalanes, y en el temor de mayor zalagarda, no me atreví a dejar a mi mujer, porque a mi me respetan los obreros catalanes que me conocen por las lecturas que he tenido la previsión de hacerles en los círculos de artesanos y asociaciones populares.

Yo me pondré mañana en campaña contra Sagasta para ver de que me voten la pensión.»

Cuando se me presentó la ocasión de leer estas cartas que, por vez primera hoy se publican, era tan solo mi intento conocer detalles y circunstancias de la estancia del poeta en este pueblo de Vidiago, con referencia a sus obras «El Bufón» y «Cantar del Romero» que aquí compuso.

Ocurrióseme, más tarde, que a más de estos extremos que a mí me interesaban, pudieran ser de alguna utilidad para completar la biografía de Zorrilla algunas referencias que el mismo poeta hace en dichas cartas, y ya entonces me decidí a englobarlas y publicarlas, sino todas, al menos aquellas que, a mi entender, pudieran tener algún interés.

JOSÉ F. MENÉNDEZ.

C. de la R. de la Historia y Cura de Vidiago.